

## RAFAEL POMBO

La más alta encarnación de la lírica colombiana nació en Bogotá el 7 de noviembre de 1833. Fue hijo del notable estadista don Lino y de la no menos ilustre dama payanesa, doña Ana Rebolledo, que era a un tiempo ornato, modelo y gloria de nuestra sociedad: singular ejemplo de varonil entereza, de piedad acendrada y tipo de irresistible atractivo que mejor llamaríamos imán para ganar la voluntad de todos, a cuyo dulce recuerdo latía el corazón del poeta hasta los últimos años de su gobiadora existencia.

De las primeras letras de su casa pasó a la escuela del maestro Damián Cuenca, próxima al puente de Lesmes; de aquí al Seminario Conciliar por dos años, en donde hizo los cursos que llamaban entonces de *cachifa* y cuarto; del Seminario al Colegio del Rosario por otros dos años de humanidades, y de éste al Colegio Militar, de 1848 a 1851, hasta obtener el grado de ingeniero civil. Después enseñó matemáticas por algún tiempo en el Colegio de San Buenaventura.

Con predilección por las musas desde su más temprana edad comenzó a darse a conocer y a distinguirse como literato y escritor público, primero en *El Día*, y luego en *El Filotémico*, de 1850, periódico de la sociedad de jóvenes conservadores de aquel nombre, cuyo redactor principal era don Nicolás Tanco Armero, con la colaboración de Carlos Holguín, Pedro A. Camacho Pradilla y otros más. Allí aparecieron, bajo el seudónimo de *Faraelío*, sus primeros versos: *Tempestad*, *A un esclavo*, *El campo*, *Desengaños*, *Colón* y *A un ángel*, ninguno de los cuales figura en la voluminosa compilación de su obra poética, publicada hace quince años, apesar de no ser inferiores a muchos de los que allí campean.

En 1852 fundó *La Siesta*, periódico de historia, literatura, legislación y economía política. Comenzó a aparecer en julio de aquel año, y sólo alcanzó a publicar trece entregas de cuatro páginas de medio pliego cada una. El fundador decía en un *permanente* que encabezaba el semanario: «Laudables fines sociales y literarios han dado nacimiento a este periódico, que, barato, condensado, de interés constante para todos y

absolutamente extraño a la política de partidos, creemos merece ser bien acogido entre lo más florido de nuestra sociedad». Buscó esta publicación el interés para sus lectores, no dándoles noticias, avisos ni artículos de circunstancias, sino, de acuerdo con su índole, respondiendo a la expectativa de aquellos con la elevación de su tono y la amenidad de sus temas. En sus páginas podemos hallar: el profundo examen del «Clasicismo y romanticismo», por Donoso Cortés; el célebre «Diccionario genuino», tomado del *Anteojó de larga vista*, que redactaba en 1814 el prócer Jorge Tadeo Lozano, en donde se dan muy curiosas definiciones sobre palabras mágicas, entonces muy en boga, que dieron nombre a la escuela radical-romántica; el memorial del tirano Lope de Aguirre al rey Felipe II, que pinta de qué calaña eran los conquistadores; «Toros en calle y en plaza», artículo de costumbres debido a la pluma del redactor; seis traducciones de lord Byron, en verso, también de Pombo; doce poesías originales del mismo; «La ciencia de la etiqueta», reglas de urbanidad adaptadas a nuestro medio por don Rafael; la «Biografía de Byron», escrita por su ilustre traductor; la «Introducción del Gonzalo de Oyón», del poeta Arboleda, y la «Memoria histórica sobre Caldas», original de don Lino de Pombo.

En 1853 fue a conocer el Valle del Cauca—tierra de sus mayores—y fue allí donde escribió en el mes de agosto sus conocidísimas estrofas, «Mi amor», publicadas dos años después por don José Joaquín Ortiz en el tomo 1.º de *La Guirnalda*. Ese canto, firmado con el supuesto nombre de *Edda*, brotó sin esfuerzo ninguno de su pecho juvenil, y le procuró, en más de una ocasión, páginas íntimas llenas de imperecederos recuerdos. Tres señoras de los Estados Unidos lo tradujeron en versos ingleses, y el gran poeta argentino Carlos Guido y Spano, dedicóle estrofas no menos bellas. El honor de ver sus pensamientos vertidos al inglés, fue alcanzado igualmente por otras composiciones de Pombo, como la intitulada «Cadena», que apareció en el *Church Journal*, de Nueva York, y fue mejorada después por Longfellow.

Acabada la guerra que produjo la usurpación de Melo, en la cual figuró entre los defensores de la causa constitucional, combatiendo en las batallas del Puente de Bosa, Tres Esqui-

quinas y toma de Bogotá, fue nombrado por el sabio presidente Mallarino, secretario de la Legación granadina en Washington, a cargo del general Pedro A. Herrán. Desempeñó este destino durante cinco años (1855 a 1860), y pasó luego a Encargado de Negocios hasta 1862, en cuyo año fue declarado cesante, lo mismo que su jefe, por decreto del 20 de julio, expedido por el dictador Mosquera. Dos lustros más tarde volvió a nombrarse Secretario del ministro Santiago Pérez, y quedó de nuevo como encargado de la Legación al regresar aquel al país en 1872. Permaneció en Norte América el ilustre poeta un año más, volviendo definitivamente a la patria a principios de 1873, después de diez y ocho de ausencia.

«Sus muchos servicios en la Legación, al lado de su experto jefe, y después en ausencia de éste, cuentan páginas muy honrosas, — dice el meritísimo Laverde Amaya en su *Bibliografía colombiana* de 1882 —. Ya daba a conocer la legislación y ventajas de su país para los extranjeros, y defendía sus intereses en cuestiones pendientes con los Estados Unidos, y esto generalmente en lenguaje y argumentación norte-americana; ya divulgaba la geografía y glorias colombianas, en español y en inglés; ya contrariaba empresas de usurpación, como las de filibusterismo, y, en *El Centinela* de Panamá, la llamada *Compañía de mejoras de Chiriquí*; ya defendía los trabajos de su jefe, como el tratado de límites y estrecha amistad con Costa Rica (cuyo Gobierno les nombró después Ministro y Secretario de Legación suyos en Washington); ya iniciaba privadamente en 1857 y 58, con su amigo el poeta español don Gabriel García Tassara, Ministro allí de España, el reconocimiento de la Nueva Granada por la madre patria sin gravamen alguno y como paso a un previsor tratado para el mutuo desarrollo de la navegación, comercio y demás intereses pacíficos de la familia ibérica en Europa y en el Nuevo Mundo, sin afectar la soberanía y política peculiares de cada sección; ya, llegada la revolución de 1860, se multiplicaba en actividad en servicio de su gobierno y de sus principios; y ya, en fin, colaboraba con el señor Hurtado en la comisión de reclamaciones, para la cual aseguró tiempo antes los valiosos servicios del abogado Carlisle como vocero de la República, y más tarde, en la nueva comisión que se organizó, ayudó patrióticamente a los trabajos en

este sentido del Ministro general Salgar. Pero de todos sus servicios en ese puesto, el que la nación y nuestra América deben reconocerle como más notable, fue la supresión del artículo 7.º del Convenio internacional de 1857, artículo que concedía a los Estados Unidos terreno en la bahía de Panamá para el establecimiento de un depósito de carbón, lo que, pedido luego por otras naciones, habría significado la entrega de nuestras costas y del dominio del Pacífico. Pombo supo impedirlo por medio de una discreta y oportuna carta dirigida al Senado».

La destitución decretada por Mosquera le obligó a vivir del fruto de su pluma de escritor en la metrópoli mercantil de los Estados Unidos. Al efecto ingresó en la casa de los editores y librerías Appleton & Cº., como redactor de unos cuadernos ilustrados que se publicaban entonces para los niños de América, con los títulos de «Cuentos morales» y «Cuentos pintados», verdaderos silabarios culturales de la infancia, sabidos de memoria desde el Hudson hasta el estrecho de Magallanes, pues están escritos en versos sencillos y alegres como los juegos de los primeros años. Al propio tiempo publicaba artículos de crítica literaria en *Mundo Nuevo*, la interesante revista que dirigía en Nueva York don Enrique Piñeyro, tales como «El canto a Teresa», «Gabriel García Tassara», «Virgilio por Miguel Antonio Caro», «El Drama Universal de Campoamor», «Dumas y Montecristo», «El periodismo norteamericano», etc.

De vuelta en Colombia, y orlado ya con las palmas académicas como sucesor de don Manuel María Mallarino en la Colombiana de la lengua, Pombo entregóse a escribir para la prensa, principalmente en *La América* de Quijano Otero, en defensa de sus ideales políticos y artísticos. Además encargóse de la redacción de *El Obrero* —lectura para el taller y el hogar, cuya divisa fue «Religión, Patria y familia»,— en compañía del mismo Quijano, del presbítero Federico C. Aguilar y del poeta Diego Fallon. Allí, bajo el epígrafe de «Resurrección», habla Pombo en su primer artículo de los 18 años que estuvo ausente del suelo patrio, y compárase con el viejo Rip Van Winkle, que habiéndose dormido un siglo atrás en un agreste sitio a orillas del Hudson, tras largos años despertó barbicano y viudo y huérfano, por todo extremo extranjero entre ciudades florecientes. Don Rafael volvía a su patria después de amplia y do-



lorosa ausencia; inquiere sobre el estado del país, y unos le dicen una cosa y otros otra. «Preguntamos por el partido conservador en el cual fuimos nacidos y criados, y a cuyo gremio volvíamos confirmados y ratificados, — dice — y nos dan por respuesta, los unos, que dicho partido fue muerto y sepultado hace luenga fecha; los otros, que subsiste bajo la denominación de *partido católico*, dos palabras que no atinamos cómo se encuadernan juntas sin recortamiento y mengua del catolicismo y de la nación». Esto iba contra las ideas sostenidas por don Miguel Antonio Caro en *El Tradicionista*, quien abrió polémica a Pombo, junto con los escritores de *La Caridad*, don José Joaquín Ortíz y don José Manuel Groot. *El Obrero* duró poco tiempo, y Pombo continuó sus réplicas en *La América*, sin que ninguno de los contendores se diera por vencido.

Otras dos tentativas periodísticas figuran en la vida del gran poeta: *El Cartucho*, en 1878, y *El Centro*, diez años después. El primero, «binóculo intelectual y sentimental de la ópera», como le llamó el mismo Pombo, — contenía el argumento, la guía dramática y de la música, y el juicio crítico minucioso de casi todas las que dio la Compañía Petrilli en el año dicho. El periódico constaba de dos páginas en verso y cuando quedaba espacio disponible, se incluía en él una especie de poema de conversación artística en octavas reales. Fue ésta una travesura literaria que hacía el señor Pombo la víspera de cada función, con la que dió extraordinario impulso al gusto musical en nuestro medio. *El Centro* fue, en cambio, una hoja política que servía los intereses del partido conservador, en la que ejerció la pluma en los temas favoritos de su prosa: guerra al sistema federal, intereses comunes de la familia ibérica, fomento de las bellas artes, y mejoras municipales.

Protegido Pombo a su vuelta a Bogotá por los señores Manuel Murillo y Santiago Pérez, le emplearon durante tres años y medio en la Dirección nacional de Instrucción Pública, cuyo órgano periódico *La Escuela Normal* recibió no poca elevación y amenidad con los artículos de don Rafael. Allí publicó «La guerra a la memoria», «Difusión forzosa oficial de una pronunciación correcta», «Explicación de las palabras», «Desinencias, prefijos, pseudo-prefijos y derivaciones en castellano», y otros escritos de colaboración no menos interesantes.

Desde entonces no volvió a tener Pombo apoyo oficial alguno, a pesar del triunfo de sus ideales políticos. Aquí, en donde a diario se encumbra a las nulidades, no hubo para esta gloria americana una curul en el Congreso ni una cartera de ministerio. Y eso que el haber de la producción intelectual de Pombo demuestra su preparación y competencia en diversos ramos administrativos: fomento, educación pública, asuntos internacionales. ¿Cuál la razón? Responderé con las palabras de un literato que después tuvo larga actuación política entre nosotros, Jorge Roa. «Porque, de un lado,—dijo éste en el cuaderno inicial de su *Biblioteca Popular*, —cuando sus colegas de Academia calzan el chapín cortesano o logran revestirse de excelencias, se olvidan del poeta, de su valer y de sus méritos constantes, notorios e incuestionables para con su causa, y le arrinconan con manuscritos y todo, y arrinconado se queda; y por otra parte, de justicia es decirlo, la musa de Pombo, decana en la lucha por el sistema central, grandilocuente ante las glorias de la patria, a la que ama por tradición veneranda con amor ardentísimo; fresca y lozana en los cuadros descriptivos de la naturaleza, llena de unción y de fe cuando penetra en el santuario de sus creencias, deliciosamente amena en el festín, alegre y retozona en el campo popular, y siempre fecunda y original, se repliega con la severa majestad de la sombra de Hamlet, a su modesto retiro, cuando columbra de lejos las arcadas de los poderosos, aunque sean amigos suyos. En ninguna ocasión ni por motivo personal alguno, aquella deidad ha tocado jamás el manto de César, ni siquiera ha probado ascender la gradería de la regia morada: hermosa y meritísima castidad que la hace aparecer más bella y venerable, si cabe, a los ojos de un pueblo libre!»

En el certamen abierto en 1881 para premiar un canto «Al trabajo», obtuvo el primer *accésit*, en competencia con trece poetas colombianos. Empero, pasada media centuria, después de leer cuidadosamente la poesía que obtuvo el premio y el «Himno al trabajo» del señor Pombo, fuerza es confesar que los calificadores de aquel concurso anduvieron poco acertados en su juicio. La posteridad y la crítica han puesto, en efecto, al último muy por cima de la composición de don Rafael Tamayo, que fue la que consiguió el premio.

La larga permanencia del poeta en los Estados Unidos ilustró su espíritu, prestándole cierto carácter cosmopolita, que no eclipsó nunca, por dicha, lo castizo y radicalmente granadino que en él había.

El romanticismo de Pombo, unido a una observancia severa de las reglas del arte, hicieron que fuera un firme opositor al desenfreno de poetas y de escritores, en quienes la alta inspiración no disimulaba ni compensaba los errores. Tal se muestra en sus críticas sobre Espronceda y Campoamor. Quería en literatura el orden, la medida, la sobriedad juiciosa y la limpia nitidez en el pensamiento y en su expresión por medio de la palabra.

No quiso en vida coleccionar sus versos, que vivieron regados en cien o más periódicos de las dos Américas. Además, escribió prosa y versos en inglés, algunos de éstos excelentes, como el famoso soneto sobre la Virgen, publicado por el poeta protestante William Bryant en el *Evening Post*, y que dio margen a la conocida anécdota que termina con la preciosa confesión de aquél: «*We are all catholics in art*». Tradujo con maestría sin par a Homero, Virgilio, Horacio, Shakespeare, Víctor Hugo, Goethe y a muchos otros bardos de las principales lenguas y naciones. Sólo después de su fallecimiento—ocurrido en Bogotá el 5 de mayo de 1912,—fueron publicadas sus obras en verso, en cuatro grandes volúmenes, por disposición del Congreso nacional, y,—repetiré lo que yá había dicho en otra ocasión,—es una lástima que no se hayan coleccionado del mismo modo sus numerosos artículos de crítica literaria, bellas artes, instrucción pública, historia y biografía, religión, derecho internacional y política».

Alguien asevera que Pombo sobrevivió veinte años para su gloria. Este arranque de un admirador del genio poético,—que se lamenta al propio tiempo de las debilidades producidas por el carácter bonachón del hombre,—es, desde luego, injusto. Verdad que Pombo malgastó su musa en objetos baladíes, sobre todo traspasada la cincuentena de su vida. Como homeópata entusiasta que era, y Secretario del Instituto Hanheman de Colombia, no tuvo inconveniente, por ejemplo, en prodigar elogios pindáricos a las drogas de su sistema. Ya desde 1880 Adriano Páez se quejaba de que don Rafael «pierde las

tímosamente su inspiración en hacer sonetos a millares, cuadernitos fugitivos, juguetes literarios para *El Ziza*, y periodiquitos de teatro, en los cuales traduce los libretos de las óperas italianas. En Nueva York nuestro poeta tuvo que escribir cuentos para la infancia, en deliciosos versos, y en Bogotá sonetos y versitos en el aniversario del 8 de diciembre, con teologías indescifrables! La musa de Pombo ha debido enfurecerse cuando éste la obliga a bajar del Olimpo para andar en procesiones llevando cirios, o para escribir sonetos sobre el peinado *capoul*. Esta profanación es indisculpable».

Doce años después, en 1892, fue objeto en su ciudad natal de especiales manifestaciones de admiración y respeto provocadas por la amarga censura que un crítico de incontestable talento, pero sin la gradación y medida que el género requiere, escribió en un diario bogotano sobre ciertas décimas leídas el 12 de octubre de aquel año por Pombo, en celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Digo de nuevo que aun cuando el bardo bogotano,—como todos los grandes poetas desde Homero hasta los tiempos modernos,—se durmiera en veces sobre la trípode, estos momentos de natural relaxo y las debilidades que en ellos se descubren no bastan para apearlo del rango en que lo han colocado cuantos son capaces de admirar la verdadera inspiración. Demás de esto, los poetas cambian ellos también su manera literaria, como acontece a los pintores con la de su talento y sus pinceles. Sin embargo, es preciso admitir, que las que Pombo usara en los últimos veinte años de su existencia, gustan en lo general menos que las de su juventud y las de su edad autumnal, o sea aquellas con las cuales escribió «Fonda libre», «El Niágara», «El bambuco» y otras igualmente famosas.

Pero si el estilo de sus últimas composiciones es menos bien articulado y ligero que el de las primeras, y si su paleta tuvo en el invierno colores menos vívidos, en cambio la energía y concentración del pensamiento, hacia las que tendió siempre la musa inspiradora de Pombo, así como la altura y generosidad de su estro subsisten y se manifiestan a cada paso aun en los menos aplaudidos y hasta más denigrados de sus versos. Con motivo del ataque a su vigor literario a que acabo de aludir, el poeta dirigió unas estancias endecasílabas

a doña Elmira Antommarchi, con las cuales demostró a su crítico que no era todavía el inconstante viudo de la musa, pintado por aquél en sus regocijados escritos. Quienquiera que lea en dichas estancias eso de la reclusión del aedo en un «panóptico de estrellas», el *solo* actuado en la mitad del cielo, el símil entre el águila y

*un Felipe segundo del vacío,  
siempre temido, y solo, y torvo y frío;*

la magnífica entrada de la penúltima estrofa:

*Cada alma sueña un ideal de vida,  
y es cada vida el chasco de ese sueño,  
un burlón que a su casa nos convida  
y no encontramos ni el festín ni el dueño,*

y, finalmente, la poética distinción entre la orgullosa ave de rapiña y las inocentes cuanto dulcesavecillas que nos consue-  
lan con su mansedumbre y sus cantos,—digo y reafirmo que reconocerá, seguramente, al autor de «Edda» y al cantor de «Elvira Tracy», descubriéndose respetuoso ante la antigua majestad en el pleno ejercicio de todos sus poderes.

Pombo estaba ungido con el óleo de los reyes, y es cosa cierta que la ampollita de Reims, rota para otros soberanos, no lo ha sido aún para los de la poesía. Consagrados una vez por los divinos habitantes del Parnaso y el Helicón, ellos tienen derecho al respeto de su atributo, cuyo sello es indeleble, sobre todo cuando han dejado en su carrera huellas de luz bastante a redimirlos de niveladora oscuridad. ¿Y dónde no se encuentran las de Pombo? Su cabeza, coronada como la de Apolo, se asoma a diario por las puertas de la inmortalidad, que la aurora de los dedos de rosa le abre cada mañana, y su estro se lanza en el cielo de la poesía, llevado por los cuatro caballos de la leyendaria cuadriga, para alumbrar el mundo de las almas con perlas y diamantes dignos de disfrutar la imperial diadema que orlaron para España Cervantes, Calderón, fray Luis, Teresa de Jesús y aquel divino enamorado de doña Leonor de Gelves.